

Volver la vista hácia atrás era desgarrarse el corazón: niños y mujeres arrastrándose por los arenales, enfermos, decaídos por una sed abrasadora, y el sol, aquel sol reverberante, dando de continuo sobre las llanuras como si se hubiera estacionado en el horizonte.

La tarde del 20 de Marzo, aquella tropa peregrinante supo que estaba á corta distancia del *agua*, y que á la mañana siguiente tendrían fin su hambre y su sed.

Reanimóse la caravana á la vista de aquella tierra de promision, y las mujeres, esas eternas compañeras del hombre en sus vicisitudes, se adelantaron con sus hijos en medio de la noche para llegar las primeras al campo de Acatita de Bajan.

El torero Marroquin caminaba silencioso, su rostro habia sufrido una variacion horrible, parecia que el bandido se habia hecho viejo en una sola noche.

—Vamos, decia el Pípilo, tú te guardas algo.

El torero no respondia.

—Mira, Marroquin, que voy á reñirte.

—La imágen de ese hombre, contestó el torero, no se aparta un instante de mis ojos, he matado á muchos ---- sí, á muchos, me he gozado en verles agonizar; pero siempre sus rostros revelaban una pena profunda y sus labios pedian misericordia; pero la faz del inquisidor no se parecia á la de ninguno ---- parece que el demonio le habia prestado su gesto ---- Yo tiemblo solo á ese recuerdo ---- te confieso que tengo un miedo horrible ---- ademas, esa bruja misteriosa ---- esa mujer ---- yo no comprendo su intencion al poner en mis manos á Núñez de Clavijero.

—Yo lo entiendo ménos, contestó el Pípilo; el resultado es que te has vengado á tu sabor.

—Es verdad ---- no me pesa; pero hay algo dentro de mí, que al apagarse la llama de mi venganza, me grita en medio de la oscuridad de mi alma, que mi hora se acerca.

—Supersticioso! exclamó el Pípilo riendo á carcajadas.

### CAPITULO XIII.

#### LA EMBOSCADA.

##### I.

Caminaba por el desierto el pequeño ejército de Hidalgo en medio de las penalidades mas horribles; las *cisternas* habian sido cegadas y el calor abrasante de aquellas regiones era la muerte para hombres y animales.

Los soldados caian muertos de fatiga, y los caballos se tiraban sobre aquellas arenas donde reverberaba el sol en toda su fuerza.

El agua se habia agotado; era necesario forzar las jornadas para que la jente no encontrase su sepulcro en la soledad abandonada.

En todo el desierto habia un solo *aguaje*, el de Acatita de Bajan, donde Hidalgo se encaminaba violentamente.

El caudillo estaba alarmado, la huella de su peregrinacion se marcaba con los cadáveres de sus pobres soldados, aquellos héroes que lo habian acompañado desde el día primero de la revolucion.

—Puedes reírte cuanto quieras; pero no es ménos cierto lo que te digo.

—Escúchame, Marroquin, yo quiero ocultar con fingida alegría los presentimientos de mi corazón.... durante esta marcha por el desierto, esta huida á la tierra extranjera, he pensado que la suerte nos ha abandonado, y que entramos en la de *malas*.

—Es verdad.

—En vano he dicho al señor cura Hidalgo que Elizondo lo vende, fia mucho en la tropa, que despues de tanta marcha ya no tiene aliento; en vano tambien le dije que los traidores habian cegado los pozos y roto las *norias*, ha estado como siempre invariable en su resolucion.

—Recuerdo ahora que tenemos algo pendiente.

—Sí, dijo el Pípilo llevando la mano á su puñal, hemos jurado matar á los traidores, ¿te has arrepentido?

—No, creí que Clavijero seria la última víctima; pero el destino me reserva aún para verter mas sangre.

—Sí, mas sangre; porque estoy seguro que esos miserables, mañana nos traicionan.

—Insistes, Pípilo?

—Insisto; porque esa bruja no ha dicho jamas una mentira, y porque á tí te consta que el inquisidor y el padre Pontologon han hablado con *Elizondo*.

—Precisamente.

—Entónces?

..Será cosa de pelear y nada mas.

—Estoy dispuesto, y vive Dios que seré terrible en esta ocasion.

En aquel momento se acercó á Marroquin la gitana.

—Vengo á que me cumplas tu palabra.

Asustóse el torero al oír la voz de la bruja.

—He satisfecho tu venganza, y sin embargo ese bandido que sirve de custodia á don Félix, se ha negado á entregarle.

—Me parece imposible.

—Acompáñame, es necesario que don Félix salga esta noche misma de vuestro campo.

—Dónde está Saca-vueltas?

—A una legua de aquí, viene á la retaguardia del ejército.

—Le esperaremos aquí.

—No, ven conmigo.

—Mi caballo no puede dar un solo paso.

—Marroquin! gritó la bruja, eres un miserable!

—Ved que me insultais.

—Y qué me importa, asesino despreciable?

El torero comenzaba á ponerse furioso.

—Cuando te he visto sediento de la sangre de Clavijero, me he compadecido de tí, porque te animaba un sentimiento generoso, la venganza de tu padre; creí que al dar el último golpe á tu enemigo, me cumplirias al ménos una palabra arrancada la víspera del asesinato.... hice mal, tus instintos infames no se volverian hácia el lado del honor.

—No me desesperes, bruja infernal! gritó el torero.

—Yo sé, continuó la gitana, que tu espíritu se abatiria despues de la muerte de Clavijero; porque ese hombre valia mas que tú, á pesar de las bacanales de sangre de las Bateas y del Salto!

—Miserable!

—Tú, tú eres el miserable, que creyendo burrar una palabra, desprecias la venganza de una mujer.... Marroquin, mañana á estas horas, acuérdate de mí.

El torero disparó un pistoletazo á la gitana; pero á la luz del fogonazo vió que la bruja habia desaparecido.

## II.

El traidor Elizondo estaba ansioso por la llegada de los caudillos á Acatita de Banjan: oigamos lo que dice la historia en su página del 21 de Marzo de 1811.

“Elizondo formó en batalla la mayor parte de su tropa, *como para hacer los honores* militares al paso de Allende y los demas jefes, dejando á su retaguardia, en un recodo que hace allí el camino, un destacamento de cincuenta hombres, y adelantó otro á la vanguardia, compuestos de indios y comanches mescaleros de la mision de Peyotes, bien instruidos de lo que debian ejecutar.

“En tal disposicion esperó Elizondo la llegada de los jefes de los insurgentes, que se verificó á las nueve de la mañana del veintiuno de Marzo.

“Presentóse desde luego el reverendo padre fray Pedro Bustamante y cuatro soldados, saludáronse mutuamente sin recelar cosa alguna y siguieron hasta el cuerpo que quedó á la retaguardia, donde se les intimó se rindiesen, lo que hicieron sin resistencia.

“Seguia á estos un piquete de cosa de sesenta hombres, con quien se practicó lo mismo, desarmándolos y atándolos sin demora; venia en pos de él un coche con mujeres, escoltado por doce ó catorce hombres, los cuales intentaron defenderse y fueron muertos tres de ellos y cojidos los demas.

“En este orden siguieron llegando hasta catorce coches con todos los generales y eclesiásticos que los acompañaban, que fueron aprehendidos sin resistencia.

“Acercóse Elizondo al carruage donde venia Allende con su hijo, y temblando como un salteador, le intimó se diese á prision.

“Allende se irritó á la vista de aquel hombre, llamóle traidor

miserable y echando mano á sus pistolas, las disparó sobre aquel renegado, que escapó milagrosamente al tiro dado á quemarropa.

“Entónces Elizondo no repuesto aun de su espanto, gritó con acento aterrorizado: ¡fuego! ¡fuego!

“Los soldados dispararon sobre el carruage---- el hijo de Allende tenia atravesado el corazon!”

Jimenez, que acompañaba al jóven caudillo, se echó fuera del coche y conteniendo el ímpetu de Allende se entregó prisionero.

Avanzó Elizondo al carruage de Hidalgo que venia escoltado por Marroquin, y cediendo á la magestad del héroe, se quitó el sombrero, manifestando en su apostura lo humillante y vergonzoso de su situacion.

—Podeis retiraros, caballero, dijo Hidalgo, me causa verdaderamente pena veros desempeñando un papel que no creí jamas hubiérais aceptado.

—Señor----

—Soy vuestro prisionero, os encargo á mis soldados, olvidaos de que habeis estado bajo sus banderas, invoco para ellos simplemente la humanidad.

Luego que los caudillos estuvieron perfectamente asegurados, Elizondo se adelantó con el grueso de sus fuerzas al encuentro de los mil quinientos soldados que custodiaban la caravana y que llegaban á Acatita de Bajan diezmados por las penalidades del desierto.

La confianza con que los insurgentes caminaban hácia Monclova creyendo encontrar amigos nada mas, hizo que al ver á lo léjos las tropas traidoras en formacion de hacer los honores, no sospechasen la perfidia de Elizondo; este se adelantó violentamente y al cuarto de hora de camino ya les habia encontrado, arrojóse sobre la artillería dando muerte al oficial de vanguardia, apoderóse de los cañones, hizo cuatro disparos sobre el

grueso de la fuerza, y la dispersion se efectuó momentáneamente.

Los indios acuchillaron á los artilleros y la caballería capturó á mas de ochocientos de los dispersos.

Entre los prisioneros se encontraban don Juan Aldama, y don Mariano Hidalgo, hermano del cura, don José Santos Villa, que hacia concurrido al grito de Dolores, el padre Balleza, el ministro de justicia don José María Chico y multitud de jefes y oficiales de todas categorías, así como los frailes y clérigos que tomaron parte en la insurreccion.

Sobre el campo se fusilaron á todos los oficiales que habian pertenecido á las banderas del rey.

Los soldados caminaron á presidio, y los paisanos fueron consignados á las fincas de campo inmediatas en servidumbre perpetua.

La noticia de la prision de los caudillos se recibió en la corte de México el Lunes Santo 8 de Abril de 1811.

### III.

Consumada la traicion mas horrorosa que registra la historia de aquellos dias aciagos, Elizondo entró en Melcova con el séquito de prisioneros, en el alarde proditorio de su infamia.

El populacho acaudillado por los frailes salió al encuentro de los vencedores y atronaba el aire con los gritos de ¡Viva Fernando VII! ¡mueran los traidores!----- ¡Muera Hidalgo!

Destacóse por uno de los ángulos de la plaza el padre Pontolongon seguido de una chusma desarrapada de canallas que habia recojido en los suburbios de la villa, y se lanzó gritando como un rabioso:

—¡Las cabezas de Hidalgo y de Allende! ¡Muera la insurgencia!----- ¡Mueran los impios! ¡las cabezas!

La multitud respondia con frenesí, nuestros caudillos veian con reposado desden las oleadas de aquel motin, estrellándose ante la solemne magestad de su infortunio.

Aquel mismo pueblo, sin la traicion de Elizondo, hubiera alfombrado el suelo de rosas y levantado arcos triunfales á los hombres de la independenciam----- ¡tal es la condicion humana!

El padre Pontolongon estaba ébrio de entusiasmo.

—Señores, decia á un grupo de amigos, con *estos ojos que se han de comer la tierra, he espiado* al cura Hidalgo durante el rectorado y su hereje revolucion.... ahora sí que estoy mas que satisfecho ... figuraos que tuve que hacerme *insurgente*, eso sí, fué por mandato del obispo, no estoy excomulgado. Dios sabe que he estado en las filas de estos malditos por defender la causa de la religion y del rey----- he pasado muchos sinsabores, las matanzas me horrorizan, por supuesto cuando se ejercen con los nuestros, en cuanto á los insurgentes bien merecido lo tienen, ¡herejes! para ellos hierro candente!----- ¡blasfemos!----- estoy que no quepo en mí mismo de gozo, esto es mas de lo que se podia esperar----- Marroquin el torero ya está en las astas del bicho, veremos si es tan bueno para morir como para matar----- asesino!----- asesino!

—No quiere su reverencia un trago de licor? dijo uno de los del corrillo.

—Venga, eso nunca sobra ni hace mal, yo formo siempre que se dá ese toque.

—Y le enseñaron los insurgentes á su reverencia á beber?

—En obsequio de la verdad debo decir que ya sabia yo desde el siglo pasado.

Pusiéronse á beber como unos desesperados los del corrillo en compañía del venerable padre Pontolongon, celebrando la victoria espléndida de Elizondo.

Durante la conversacion del clérigo, dos hombres del pue-

blo lo habian estado acechando tras una esquina, sin perderle de vista, y recogiendo sus palabras.

—No tenemos ya duda, dijo uno de ellos.

—Es un infame este clérigo.

—Estás resuelto á lo que hemos convenido?

—Enteramente.

—Pues aguardemos, ya la noche no dilata en caer y entonces ----

—Silencio y disimulemos.

Los dos individuos se mezclaban á los grupos y gritaban como ellos pidiendo las cabezas de los caudillos; pero procurando en medio de aquel motin, no separarse de la tienda á cuya puerta hacia sus libaciones el padre Pontolongon.

Luego que cerró la noche, la chusma se dispersó bajo la promesa de Elizondo de que los héroes serian castigados de una manera ejemplar.

El padre Pontolongon, atarantado con los vapores del aguardiente, estuvo algunas horas con sus amigos, y despues se lanzó por las calles sin atinar rumbo ni camino, entróse por un barrio y ya iba tomando la salida de la villa, cuando los hombres que no habian cesado de seguirle, se arrojaron sobre él, le ataron un pañuelo á la boca para que no gritase, montáronle á la grupa de uno de sus caballos y á todo escape se alejaron de Monclova rumbo á las *Norias de Bajan*.

## CAPITULO XIV.

### SUPLICIOS Y EJECUCIONES.

#### I.

Los caudillos habian sido aprehendidos en territorio sujeto á la comandancia de las provincias internas, por lo tanto le tocaba el conocimiento de las causas, así es que los reos salieron de Monclova para Chihuahua el 26 de Marzo de 1811.

Los héroes de la independecia mexicana iban cargados de cadenas: así lo pedia la humanidad para consumir su triunfo!.... así lo demandaba el porvenir para alzar templos á su heroismo y la historia para esculpir en mármoles sus nombres!----

Los soldados veian con respeto á los prisioneros; una sola palabra hubiera bastado para volverse contra su jefes; no obstante, esa palabra no salió de los labios de aquellos mártires.

En un punto llamado el Alamo, separaron á los eclesiásticos con excepcion de Hidalgo, y los condujeron á Durango, donde fueron vilmente ejecutados por los sicarios de aquel poder terrible que venia atravesando como una tempestad el ancho cielo de tres siglos.